

EL ECO DE OCCIDENTE.

PERIÓDICO DE CIENCIAS, LITERATURA Y BELLAS ARTES.

Núm. 10.

Domingo 5 de Octubre de 1852.

Año 1.º

RECUERDOS RELIGIOSOS.

W.H.

 **A**STA aquí hemos caminado por el terreno de las probabilidades, en lo que toca á la vida de San Torcuato y sus compañeros; hemos deducido consecuencias aproximadas de lo que la historia y la tradición refieren, y esta es la causa por que se han revestido con una forma profana unos hechos tan ilustres.

Ahora vamos á entrar en el último periodo de la vida del primer santo que predicó en España el Evangelio, y de aquí el que adoptemos otro estilo en nuestra narración.

No se sabe si antes ó despues del bautismo de Santa Luparia se dispersaron los siete obispos compañeros de Torcuato para sembrar en otras florecientes ciudades las semillas de la fé, pero es presumible que fuera antes de este acontecimiento, padron eterno de gloria, no solamente para el apóstol que lo consumaba, sino para la población que lo recibía.

Luparia, la ilustre hija de las gracias, habia abandonado todos los sueños de su risueña religion; blanca flor colocada en el umbral de una dicha imperecedera, habia dejado sus colores purpúreos como una inocente virgen abandona para siempre el mundanal ropaje de la vanidad humana, y pálida, á causa de la profunda abstracción de su alma, mostraba en sus acciones y palabras el efecto que en ella iba haciendo la doctrina del Evangelio.

La hermosa catecúmena principió á comprender esas sublimes creencias de la mas pura de las religiones, vistióse con un traje de una tela blanca algun tanto grosera, suspendió á su cuello un sencillo collar de bayas de agavazo, símbolo de pureza y tranquilidad, y las puertas de su palacio se cerraron para el lujo y la molición.

Los habitantes de *Acci* miraron aquella metamorfosis con asombro extraordinario. Veían á la mas brillante de las damas romanas entregada á unos extranjeros, los que aparecidos de repente, no merecian la general confianza, y los cuales parecían haber trastornado la imaginación de Luparia.

No solamente chocaba la general manumisión de esclavos ejecutada por esta, sino que su morada, centro de la grandeza y de la juventud, permaneciese cerrada. Los pontífices del paganismo principaron á temer por sus divinidades, y ejerciendo un influjo siniestro en los habitantes de *Acci*, propalaron noticias subversivas y sediciosas en contra de Torcuato y sus compañeros.

—Son cristianos, murmuraron en sus mas secretos conciliábulos; es necesario que perezcan antes que trastornen los cimientos de nuestras creencias.

Y acto seguido derramaron todo el veneno de la odiosidad en el pueblo.

Mientras tanto disponíase en secreto el bautismo de Luparia. Solo ya Torcuato, abandonado de sus compañeros, veía que todos fijaban en él sus estrañas miradas como pidiéndole cuenta de su conducta; conocía la misión sagrada que le habia confiado el cielo, y así es que léjos de retroceder ante el temor, no titubeó en principiar á predicar públicamente la doctrina de Jesus.

San Torcuato no estimaba su existencia perecedera; amaba otra vida inmortal llena de gloria; aspiraba por esas regiones puras que se hallan mas allá de esa inmensa alfombra de estrellas y de soles, y por esta causa no titubeó en regenerar con el agua del bautismo á la ilustre senatriz que se habia sometido á su celo y cuidado.

No se sabe si la solemnidad religiosa de este sacramento se hizo con publicidad ó con el secreto indispensable para no ensoberbecer mas las pasiones del público. Pero de cualquier modo es de presumir que bautizada Luparia, exasperados los ánimos contra el atrevido extranjero, temerosos los sacerdotes de la influencia que iba ejerciendo en la multitud, y dispuestos á no permitir un abuso tan dañoso á las instituciones establecidas, estallase un tumulto que fuera el origen del glorioso martirio en que pensamos ocuparnos.

W.H.

San Torcuato, despues de regenerar á Luparia, salió fugitivo de la altiva colonia, y dirigióse al Nordeste de ella con objeto de penetrar en los bosques inmediatos: los gentiles le perseguían con encarnizamiento..... ¡Estaba decretado que debia sellar con su sangre aquel terreno ilustre, para que brotase sobre su cadáver la enseña de la fé!

En efecto, á dos leguas de Guadix se ven hoy

unos estensos llanos, áridos y tristes, cercados de espesas sierras. En medio de ellos se levanta una capilla, y este es el lugar donde fué martirizado el ilustre predicador del Evangelio.

El trascurso de los siglos y las invasiones que sucesivamente dominaron la España, han cubierto con un velo estos hechos gloriosos, y solo por deducciones se puede inferir el fin que tuvo San Torcuato.

Cuando su cuerpo fué trasladado al monasterio de Celanova se encontró que la cabeza estaba separada del tronco de un modo violento, por lo que es casi indudable que fué degollado en vez de ser atravesado por dos lanzas, como hemos visto en algunas groseras pinturas que representan su martirio.

Nosotros poseemos como único monumento de aquel acontecimiento el mutilado tronco de un olivo, el cual, según la tradición, brotó en el mismo sepulcro ó sobre la sepultura del Santo. Es fama que por muchos siglos este árbol producía naturalmente aceite para sostener una luz en la humilde capilla de San Torcuato, pero bien sea una devoción mal entendida, por la que cortasen ramas al olivo, bien por el abandono del sacerdote encargado en el santuario, bien por el trastorno de los tiempos, es lo cierto que de aquel árbol maravilloso solo queda el tronco secular..... ¡Reliquia respetable que debiera mirarse con más cariño en un país donde por todas partes brillan ilustres recuerdos de San Torcuato!

El antiguo tronco, del cual apenas salen tres brazos, sufre sin cesar las mutilaciones de los devotos, y de aquí el que no pueda prosperar ni desarrollarse..... Esto no debiera permitirse por los señores capitulares de la Catedral de Guadix, si es que tan ilustradas personas tienen noticias de este abuso. Al mismo tiempo no podemos dejar de levantar la voz sobre un hecho que nunca debiera pasar desapercibido.

Desde que los monacales fueron espulsados de sus monasterios en 1836, el cabildo Catedral, las autoridades civiles, el pueblo entero de Guadix debiera reclamar los restos de San Torcuato, depositados en Celanova, á causa de que todos los conventos quedaron como propiedad del Estado.

El gobierno, en su ilustrada consideración, hubiera atendido el grito unánime de una ciudad que fué la primera que reconoció en España las doctrinas evangélicas, y la primera que estableció una silla episcopal, pidiendo las santas reliquias de su patrono para que viniesen á descansar en los nobles lugares de su predicación.

Nosotros al consignar estos renglones creemos que no existiendo ya los motivos que dieron lugar al antiguo pleito, por el cual quedó el cuerpo de San Torcuato en Galicia; habiéndose dispersado aquel puñado de religiosos que cuidaban de él, y rogaban sobre sus huesos venerandos, á nadie les toca reclamar una posesión tan ilustre como á la ciudad de Guadix..... ¡Aun es tiempo!

Si esta ciudad llegase á los pies del trono con una reverente exposición, manifestando lo que es San Torcuato para ella; si se elevase una súplica donde resonase la voz del rico, del pobre, del jornalero, del hacendado, del menestral, de los sa-

cerdotes, de las autoridades, de los niños, de las mugeres y de los ancianos, creemos con sincera fé que no desecharía la magnanimidad de nuestra Reina los votos enteros de once mil almas pidiendo al más ilustre santo de España.

GUMERSINDO GARCIA VARELA.

FIN.



El Puente del Diablo.

VIII.

En el que todas las esperanzas se desvanecen como el humo.

El gallardo Antolin miró de pronto destacarse en los cielos el altivo castillo de Eleonora: en vez de aquellos celos y angustias sin igual que antes sufriera un placer indecible siente ahora al pensar en la dicha que le espera.

¡Pobre Antolin! no sabe el insensato cuánta amarga ironía presta el favor de un corazón ingrato si por lograrle se usa tal falsía!

Mas era su destino hallar siempre la hiel en su camino.

Detiene su carrera de júbilo azorado:

le tiembla el corazón..... Es ella! es ella! esclama con amor el desdichado.

Y una blanca figura triste y bella distingue en una gótica ventana; es Eleonora que á Portillo espera y que persigue la esperanza vana que en su sueño de amores concibiera.

Es Eleonora sola y abatida, que mirando la noche en su tristura, lamenta los pesares de su vida.

—Ángel mío! murmura el falso capitán..... ¡oh mi Eleonora! detén el llanto; temple tu amargura, que ya á tus plantas vuelve quien te adora.

La niña desdichada lanza un grito de amor, llévase al pecho una mano crispada y queda en la ventana desmayada.

Antolin muy ligero se sube por Satan favorecido, ase á la dama yerta entre sus brazos,

besa aquel rostro puro y hechicero
y el corazon la oprime en tiernos lazos.
En seguida descende
llevándose la audaz, y se retira.....
Nuevamente la vida el pecho enciende
de la pálida niña..... En torno mira:
y al rayo de la luna misteriosa
vé á su adorado que á sus pies la deja,
y así le dice con sentida queja.
—Juan Portillo!—Mi bien! responde el lego,
y aun no lo ha respondido,
cuando otro acento henchido
de ira, de amor, de inexplicable fuego:
—¿Quién me llama? responde,
y del cielo la lumbre vacilante
cae en el recién-venido,
alumbrando su tético semblante.
—Jesus! grita Eleonora,
cruza las manos y de hinojos ora.
.....
Asombro inconcebible! Frente á frente,
doble vision de amor y de pavora,
ve dos hombres que son exactamente
iguales en el traje y la figura.
La mirada, la voz, el dulce encanto
que al verles Eleonora experimenta
hace que ambos se parezcan tanto,
que distinguirlos ella en vano intenta.
Siente zumbir confuso torbellino
por su frente agitada y encendida,
y aquella flor de tan fatal destino
vuelve á doblarse pálida y sin vida.

Juan Portillo el verdadero,
que no lo comprende mas,
esclama:—Lo mas certero,
es valarme del acero
ya sea un hombre ó Satanás.
Y desnudando su espada
al pobre lego arremete,
que en su vida sosegada
jamás entendiera nada
de manejar el florete.
Y contemplando azorado
que su fin certero es,
su tizona arroja á un lado,
y apela desesperado
al auxilio de sus piés.
Juan Portillo le seguía.....
mas se paró de repente,
que andar en vano quería.....
El lego entretanto habia
puesto su planta en el *punte*:
crugió con fragoso estruendo
entonces su arquitectura.....
y con Antolin cayendo
se hundió todo en un tremendo
abismo de noche oscura.
Lance tan triste y sombrío
no tomeis por cuento mio
ni por ficcion lo que os hablo;
que aun en el fondo del rio
existe *El puente del diablo*.

Y dá este nombre á entender
que en el infierno ha de arder
el mísero sacristan,
que osó por una muger
vender el alma á Satan.

CONCLUSION.

En cuanto al verdadero Juan Portillo
dice la historia que asombrado y mudo
con Eleonora se volvió al castillo,
do convencerla pudo
de que ambos han soñado
la doble aparicion que han presenciado,
y que su vuelta retardó una herida
en un fiero combate recibida.
Calmóse su amargura,
y así dia tras dia,
muchos años en paz los dos pasaron,
concluyendo su amor y su alegría
en que al fin y á la postre se casaron.

TORCUATO TARRAGO.

FIN.



Hay solemnidades que nunca se borran de la historia de los pueblos, y que jamás se extinguen en el corazon de la sociedad. El dia 18 de Setiembre un inmenso gentío, lo mas escogido y brillante de la ciudad de Guadix, corria á su preciosa y magnífica Catedral á presenciar una de esas ceremonias augustas de la religion que dejan en el alma una impresion sublime y un recuerdo puro de las creencias imperecederas de nuestra fé.

La festividad que iba á tener lugar era la toma de posesion de este obispado por el Ilustrísimo Señor Don Antonio Ramon de Vargas, dignísimo arcediano de este Cabildo, autorizado competentemente para ello por el insigne Obispo de esta ciudad Don Juan José Arbolí, recientemente elevado á esta Silla.

Los augustos recuerdos que esta ceremonia inspiraba; el indecible regocijo de los accitanos al ver consolidada la santa Silla de San Torcuato, cuya antigüedad auténtica remonta al primer siglo de la Iglesia; la satisfaccion de que el señor Vargas fuera el escogido para representar á uno de los Obispos mas sábios de España, hacian que esta ciudad corriese presurosa al templo del Señor.

Y en efecto, eleccion mas acertada no se podia haber hecho.

El señor Vargas por su talento, por su profunda sabiduría, por su abnegacion evangélica, de la que tiene dadas grandes pruebas, no solamente en este pais, sino en las soledades de la América, donde ha vertido como misionero las brillantes dotes de su oratoria, era quien podia sentarse en la ilustre Silla donde tantos varones eminentes han resplandecido.

La ceremonia de la toma de posesion tiene una majestuosa sencillez que encanta. El armonioso repiqueteo de nuestras campanas, los suaves acordes del órgano, las cadenciosas voces del coro entonando el *Te-Deum*, es una triple orquesta que solo el genio divino de la religion ha podido combinar.

Los señores Capitulares, dignos representantes del Evangelio y de las ciencias, acompañaban al señor Vargas, quien colocado en el centro de la augusta procesion, tomó en nombre del señor Obispo posesion de la Silla de San Torcuato.

Acto seguido, y despues de llenadas todas las ceremonias, marchó la comitiva al palacio episcopal, precedida de todas las autoridades y personas mas distinguidas de la poblacion, que habian sido convidadas de antemano.

Esta segunda ceremonia es imponente, y se halla marcada con esa pura sencillez de la primitiva Iglesia.

Las puertas del palacio estaban cerradas en señal de soledad y de que el padre de la Diócesis no respiraba en el interior de aquel monumento.

Habia algo de fúnebre en este edificio aislado y solitario, á cuyas puertas llegaba el representante del nuevo Obispo. El digno Dean del Cabildo le entregó la llave de la puerta, y esta giró sobre sus goznes..... ¡Entraba la luz! Los velos de la horfandad cayeron hechos pedazos..... Las augustas sombras de los antiguos Obispos parecian presidir al magnífico cortejo, y el numeroso gentío con el pensamiento recogido ante aquella solemnidad, experimentaba las mas dulces emociones de alegría viendo que al mismo tiempo que Dios le daba un nuevo sucesor de San Torcuato, escogia varones eminentes para que desempeñasen esta noble mision.

El señor Vargas dispuso obsequiar á este vecindario el domingo 19 en la noche con un espléndido refresco, donde el gusto estaba mezclada á la profusion, y la sencillez á la elegancia.

El señor Vargas llenó cumplidamente todos los deberes de la sociedad y del buen tono, al mismo tiempo el digno encargo que le habia sido confiado por el Ilustrísimo Señor Arbolí.

El local del convite era el colegio seminario de esta ciudad, restaurado por nuestro señor Arcediano en el escaso tiempo de un año, de un modo alhagüeno y sorprendente, y de aquí el que muchos recuerdos gratos emanasen de aquella escogida reunion que tuvo la satisfaccion de asistir á él.

Hubo brindis de mucho mérito, puesto que fueron en un latin puro y correcto, siendo de notar el improvisado en este idioma por el señor Vargas dando las gracias al señor Dean de nuestra Catedral y demas concurrentes en nombre del dignísimo Prelado que esta ciudad tiene la alta gloria de contar en el número de sus mas ilustres Obispos.

¡Quiera el cielo que pronto salgamos á recibirle con el júbilo en el corazon y las lágrimas de la alegría en nuestros ojos!

TORCUATO TARRAGO.

TODAS SON MEJORES.

—●●●●—

Héme aquí todo indeciso
dudoso entre dos extremos,
vacilante en elegir,
combatido por dos vientos.
Héme aquí comprometido
acorrulado y perplejo,
tan solo por que una duda
se ofrece á mi entendimiento.
Duda de altas consecuencias
duda en que danzan por medio
atractivos por un lado

y por el otro atraimientos.
Atraimientos y atractivos
entrambos de un mismo peso
y que tirándome al par
me ponen en un aprieto.

¿Cómo es la muger mas bella?

¿Con el pelo rubio ó negro?

¿Con ojos negros ó azules?

¿Con cutis blanco ó moreno?

¡Cuestion terrible! De un lado

vienen los rubios cabellos,

con su rizo natural,

y sus dorados reflejos:

vienen despues las pestañas

y las cejas de un incierto-

color castaño; y los ojos

tan azules como el cielo,

melancólicos, profundos,

hermosos, dulces, serenos,

que refrescan el verano,

que enardecen el invierno.

Viene detras de esto el cutis

de un color nevado y terso,

al través del cual se vé

el azulado bosquejo

de una vena que conduce

debajo de nieve, fuego,

y cuyo tacto finísimo

nos conduce al cementerio.

Con estos bellos encantos,

viene un continente sério,

una altiva magestad

y un agri-dulce hechicero.

Empero del otro lado

viene un trenzado cabello,

del brillo del azabache

con la oscuridad del ébano.

Vienen cejas arqueadas

y despues los ojos negros

con su fosfórica llama,

con su irresistible fuego,

con su elocuente mirar,

con sus soslayos arteros,

que al fijarnos nos parece

que entra un compás en el pecho.

Vienen los dientes enanos,

los lábios de coral hechos,

la piel morena y suave,

el corto y redondo cuello,
la garganta torneada,
un talle con el salero
que le imprime de la sangre
el giro veloz é inquieto.
Vienen el cuerpo arrogante
y detras los piés pequeños,
y despues la flojedad
de dormidos movimientos.
Y esta es la razon segura
por que en loco devaneo,
ardiente, amante y gustoso
por las morenas me muero.
Mas si preciso es vivir,
si no se puede estar muerto,
si es menester escoger
de ambas clases de portentos;
si hay que elegir al instante
entre azules y entre negros,
entre pelinegro y rubio,
entre nevado y moreno.....
Yo renuncio, yo desisto,
reconozco que no puedo.....
no es para mis cortas fuerzas
asunto de tanto peso,
y dejo á que el mundo juzgue
entre tan bellos objetos,
pues cada cual, por mi parte,
tiene indisputable mérito.
Por lo tanto no prosigo
y aquí mismo me detengo,
por temor de no escurrirme
en tan dudoso terreno.
No estrañarán mis lectoras
y lectores (si los tengo)
que antes de dar mi opinion
prefiera quedarme muerto.
Que en lance tan apurado
mejor sufriré el tormento,
que indisponerme ni un dia
con parte del bello séxo.

MANUEL MARIA HAZAÑAS.

EL SUEÑO DE UNA EMPERATRIZ.

Mas de treinta emperadores se habian sentado en el trono de Constantinopla, desde que los hijos de Teodosio el grande dividieran en dos partes el dominio del mundo, cuando un hombre nacido en la Armenia ceñia sus sienes con la diadema usurpada á Miguel Curopalata.

Este hombre ó gigante que mandaba en todo el oriente, era conocido con el nombre de *Leon el Armenio* y calificado de falso, veleidoso y engañador. En efecto, mas temible que una pantera hambrienta, y cruel como una hiena que despues de satisfecia anhela matar todavía, ocultaba todas estas

faltas bajo un velo de hipocresía tan impenetrable, que era imposible leer en su rostro la depravacion y la maldad de que su alma estaba emponzoñada. Empero siete años se habian hundido en el abismo del tiempo sin que las obligaciones del trono lo apartaran de tan tenebrosa carrera, cuando una mañana vió entrar en su régia habitacion á la Emperatriz Teodosia, su muger.

Pálida por los padecimientos de su espíritu, sola ella era la que fondeaba el interior de su esposo y percibia la hiel que lo cubria, á pesar de los esfuerzos de este para ocultar sus feas manchas; sola ella habia padecido este continuo tormento con toda la efusion de que era susceptible su corazon enardecido y apasionado, y sola ella valiéndose de su carácter franco é independiente, podia hablarle con el lenguaje de la verdad, reprender su conducta y descubrir sus mas recónditos pensamientos.

Por una causa inesplicable é incomprendible se estremeció el Emperador al ver la mármorea y casi misteriosa figura de su esposa.... Quiso fingir una sonrisa y solo esperiméntó una contraccion, y al estender su mano en señal de un amor sincero, solo se vieron sus dedos contraidos y crispados por un terror fantástico, que lo asemejó á un fugitivo espectro calcando con desprecio la escarlata y púrpura de los reyes de la tierra.

Teodosia se acercó lánguidamente como arrastrada por un invisible espíritu y derramó una helada y larga mirada sobre su aterrorizado esposo: como una escultura antigua bajada de su pedestal, ó como la estatua que se levanta en un sepulcro, estuvo un largo tiempo inmóvil y callada, hasta que despues de contemplarlo detenidamente le dijo con una solemnidad melancólica:

—Qué sueño tan horrible he tenido esta noche Leon!

Un nuevo temblor circuló por el cuerpo del monarca, y como subyugado por una mano de hierro que oprimiera su pecho, contestó con aturdimiento:

—Teodosia.... ¿has soñado?

—He soñado, y no sé si será un vaticinio del cielo ó una vaga imágen de mis presentimientos, tan funesto vevigilio.

—Todo puede ser, contestó pensativamente el Emperador; pero tus sueños han sido siempre una verdad incontestable. Gobernador de la Natalia era yo cuando tú soñastes que iba á ser Emperador del oriente.... Jóven y hermosa eras el dia que se ligaron nuestras manos con el nudo del himeneo, y aquella noche soñastes que habia llegado el año de 820 y te perseguía una fantasma ensangrentada.

—Sí, exclamó la princesa con inspiracion y en el mas lúgubre acento, y ya que estamos en el año de 820 he vuelto á soñar una cosa que tiene identidad con aquella fatídica vision y contigo.

—Espícate muger.... tus palabras son de hielo y sin embargo abrasan y calcinan el corazon.

—¿Puedo creerte Leon? ¿Es la incertidumbre de tu porvenir la que te obliga á abandonar tu carrera de fingimientos, ó un nuevo lazo que quieres tender á mi franqueza?

—Yo.... yo? Oh! no me hables así Teodosia.

—Bien, sea lo que quiera; pero acuérdate que nunca me han engañado mis sueños. Señor del oriente, te digo, ibas á ser, y lo fuistes. Te vati-

ciné el destino de Miguel tu antecesor, y se cumplió: te anuncié que habías ofendido al cielo con desterrar á un príncipe bueno que procuraba la felicidad de sus vasallos.... y ahora te prevengo que recibas el azote y la venganza de ese mismo cielo á quien ultrajastes.

—Tienes razon.... el cielo es justo, y el buen Miguel Curopalata....

—Silencio, impostor! ¿por qué le das el epíteto de *bueno*, cuando le aborreces hasta en la soledad del claústro que lo encierra? ¿No te acuerdas que lo metistes para siempre con su muger Procopia, hija del Emperador Nicéforo y sus hijos bajo los arcos de un monasterio?

Los ojos de Leon lanzaron dos rayos fosfóricos del centro de sus órbitas, y despues, como si nada hubiese oido, exclamó:

—El ejército seria quien cometió esos crímenes.

—Pero tú te asociastes á los soldados para cometerlos. Vasallo y estrangero eras, y la mano del que derribastes te dió el mando de una provincia... ¡Ah! ¿Por qué le fuistes ingrato? ¿Por qué ¡oh Leon! te apartaste del camino de la honradez? Mira, acércate á mí, tu esposa soy y te he dado cuatro hijos que serian la corona de tu felicidad; pero mis sueños me han dicho otra cosa, me han presentado un horroroso caos para tu progenie, porque cuando Dios maldice se estiende el anatema hasta la cuarta generacion.

El Emperador, mas pálido que un cadáver, sentia latir su corazon violentamente; las palabras proféticas y oscuras de su esposa le arrancaban la máscara de sus vicios, y no pudiendo encubrir la huella del dolor, mezclaba una sarcástica ironía á las sombras del terror y el remordimiento.

—Teodosia! Funesta profetisa de mis dias, exclamó con acento deprecatorio, yo no sé la influencia que tus palabras ejeren sobre mí... estoy temblando.... hay en mi interior un presentimiento horrible, y sin embargo ansío ver el oráculo que me amenaza.

—Es muy triste, Leon.

—Pues habla ¿se acerca acaso mi fin? ¿voy á cambiar la púrpura por el hábito del monge?

—No; eso fué bueno para el Emperador Miguel que no hizo daño á nadie y conservó los sentimientos de su religion hasta el postrer momento, eso fué bueno para el infeliz Stauracio, que murió abandonado, pero tranquilo en la celda de un convento.

—Con que entonces.... yo....

—Tú has sido mas malo, Leon; aunque soy tu esposa, aunque te amo muchísimo, he conocido tus detestables vicios y esperado la justa venganza que te amaga. Empero en este instante fatal... Si yo pudiera salvarte é inspirar en tu seno los mas puros pensamientos! ¿Con quanto placer no lo haria? Pero esto es imposible, porque sin haber oido los bramidos de un pueblo que se subleva, sé que hay una tempestad sobre tu cabeza y un abismo á tus pies.

—¡Oh! esto es una pesadilla.... un sueño de plomo, exclamó el Emperador; pero quiero apurar el amargo cáliz que me estás haciendo beber, Teodosia. Dime: ¿qué encierra mi sino? ¿Será acaso que me arrancarán los ojos como á Filippico Bardanes y he de quedar ciego sin ver la luz del sol, sin ver-

te á tí ni á mis hijos, ni á nadie?...

—Desgraciadamente no ha sido así mi sueño; contestó estremeciéndose la Emperatriz. Escucha... escúchame con atención porque voy á referirte lo que has sido y lo que serás en la historia del Emperador Constante II.

Hubo un momento de silencio, ó mas bien una calma profunda y melancólica alterada solamente por los latidos de aquellos corazones espantados y los lejanos murmurios de las olas del Bósforo. Teodosia continuó:

—Sentado el Emperador Constante en el trono de Constantinopla, fué usurpador como Leon el Armenio: el uno derribó á Heracloneas para sentarse en su lugar, y el otro.... el otro.

—¡Oh! basta.... basta. Sé lo que vas á decir.

—Arrastrando una púrpura que no te pertenecia, olvidando la religion verdadera que te habian enseñado y menospreciando en su interior los sacerdotes, las imágenes, Leon.... no, no Constante, con un fanático furor se entregó á perseguir á los ministros de los altares y á derribar á esas estátuas silenciosas que nos representan á los santos y á las vírgenes.

—Es verdad.... es verdad.

Despues de insultar tan atrevidamente al cielo, la crueldad emanó de su corazon; Constante fué sanguinario; tenia las prisiones atestadas de infelices, se reia de los clamores de su pueblo, y en vez de consuelos le mandaba verdugos.

—Y yo tambien.... Teodosia compasion!!

—Irritada la cólera del cielo al ver el mal que derramaba aquel mónstruo, lo señaló con el dedo de su reprobacion y.... el Emperador Constante II murió.... asesinado!

—¡Asesinado! ¡oh qué horror Dios mio! ¡piedad!.... piedad!....

Y Leon el Armenio cayó de rodillas á los pies de su esposa.

—Este ha sido mi sueño, exclamó ésta con voz gutural; ese espantoso sueño que tanto me ha atormentado, y cuyas sombras aun las siento correr por mi imaginacion.

—¿Con que he de morir asesinado? dijo Leon lívido, contraido y con los ojos secos y casi vidriados. ¡Ah Teodosia! ¿Cuándo será ese terrible momento?

—No lo sé: entre la vaguedad del pervigilio yo te he visto muerto por multitud de puñales homicidas y entregado al furor de tu pueblo, que pedia venganza. Yo he visto á tus cuatro hijos esclavos de otro Emperador pasando una existencia maldita y despreciada. Este es mi sueño.... la fantasma que ví la noche de nuestro himeneo.... el año de 820 en que estamos; todo me anuncia que está próxima la espantosa realidad.

—Teodosia, dijo el Emperador arrastrándose sobre sus rodillas, ¿y qué remedio me queda? Dímelo por Dios.... yo me arrepentiré de todo lo que he hecho, maldeciré mi existencia de mentiras é hipocresía; abriré las prisiones á todos les que en ella gimen; volveré los santos á sus nichos y desagrarivaré á los monges.... yo lo haré todo, aconsejame.

—¡Desdichado!! lo único que puedo aconsejarte es que ores y derrames las lágrimas del arre-

pentimiento.

Después de un dilatado silencio los dos seres mas grandes del oriente se separaron.

Fiel Leon al último consejo de su esposa estaba aquella misma tarde incado de rodillas en Santa Soffa: el infeliz rogaba á Dios por su existencia. De cuando en cuando oia los cánticos profundos y sonoros de los sacerdotes y llegaba á su interior una voz misteriosa que le anunciaba cosas siniestras: era la hora de maitines, la vacilante claridad del templo esparcida por entre su severa arquitectura, creaba en la imaginacion débil del Emperador mil visiones aterradoras; el rezo espiraba en sus lábios y la fé en su corazon. De pronto un rumor insólito llega á sus oidos, crece, se estiende, truena y retumba como una borrasca y siente que se abren las puertas del templo con un estrépito descómunal.

—¡Dios mio! ¿Qué es esto? gritó sobresaltado.

Y al tender la vista en su derredor ve multitud de hombres que levantan sobre su cabeza puñales y cuchillos.

—¡Perdon!.... ¡Perdon!.... gritó el Armenio, cayendo sobre el pavimento; pero ahullidos feroces contestan á su súplica.

—¡Hipócrita! ¡usurpador! ¡asesino! decian por todas partes, lave tu sangre tu negra carrera y recibe el castigo del cielo.

—¡Piedad! ¡Dios eterno! ¡compasion! ¿por qué se ha de cumplir tan pronto el sueño de mi esposa. Misericordia.... misericordia....

Un velo negro se estiende ante sus ojos, un zumbido extraño truena en su interior, siente las mortales heridas que le abren en su cuerpo y en su postrera convulsion, vacilante, lívido y ensangrentado cayó..... Leon el Armenio acababa de espirar sobre las losas de mármol del Santuario.

Al otro dia, Miguel el Tartamudo subió los escalones del trono, arrastrando todavia las cadenas de la prision, y cuando se hubo consolidado en él, acabó con la Emperatriz Teodosia, é hizo eunucos á sus cuatro hijos..... Los sueños de esta muger se cumplieron.

T. TARRAGO Y MATEOS.



A NUESTROS SUSCRITORES.

Los redactores del ECO DE OCCIDENTE aparecerian ingratos ante sus suscritores si no correspondiesen de una manera digna á las distinciones que les prodigan en muchas provincias. En dos meses no cumplidos de existencia vemos en nuestras lis-

tas la mayoría de los nombres mas distinguidos é ilustrados de esta hermosa poblacion; y las provincias de Madrid, Granada, Almería, Barcelona, Valencia y Toledo nos dan un resultado de 700 suscritores.

Hace tiempo que los redactores de este periódico tenian concebido el proyecto de publicarlo tal como vá á aparecer, y con el fin tambien de dar á conocer en la república de las letras varios jóvenes que aun eran desconocidos en la misma. El pensamiento fué establecer un periódico en Cádiz y otro en Guadix; pero al fin se hermanaron ambos, acordándose que la publicacion se hiciese en esta capital, teniendo para ello presente muchas razones que no podian ser desatendidas. Como los resultados han sido tan satisfactorios, hay necesidad de hacer conocer que no ensordecemos á tan brillante acogida, y para demostrarlo escojimos algunas mejoras, sin perjuicio de otras que en su dia anunciaremos.

Por ahora el ECO DE OCCIDENTE ensancha sus columnas á mayor tamaño desde el dia 10 de Octubre, cumpleaños de S. M. la reina, en que empezará la segunda série, y las dimensiones que tome desde esta fecha no se variarán en lo sucesivo, á no ser para mayores mejoras.

La fundicion será la misma que en este momento usamos, por reunir las ventajas de ser elegante y compacta, al propio tiempo que clara y correcta.

El precio del periódico no se alterará en ningun caso, en atencion á que siendo nuestra crecida suscripcion la que hemos indicado, queremos que cualquier producto que exceda á nuestros gastos redunde en beneficio de los que nos han favorecido, como demostraremos continuamente haciendo mejoras tan positivas como las que en la actualidad anunciamos.

El Eco se foliará correlativamente desde la fecha mencionada, á fin de que al cabo del año, ó cuando se calcule un tomo pueda encuadernarse, para lo que se regalarán á los suscritores índices y portadas.

Terminados todos los trabajos que han ocupado nuestras columnas durante la primera série, tenemos preparados para la segunda y fondo del periódico, si así podemos llamar al artículo científico que siempre le encabeza, *Estudios históricos sobre el reinado de D. Pedro de Castilla*, debida al conocido literato D. Torcuato Tarrago y Mateos, autor del *Hermitaño de Monserrate*, y del *Robo de Proserpina*, que tambien publicaremos. El joven Don Pedro Antonio de Alarcon, que con tan buenos auspicios se ha dado á conocer en la literatura, acometiendo todos los géneros, desde la historia grave hasta la poesía pasagera; desde la profundidad filosófica hasta las galas de una fantasía audaz y ardiente, nos tiene entregados varios artículos en prosa y verso, de cuyo mérito juzgarán nuestros lectores. D. José Ramirez de Aguilera ha remitido tambien á la censura una importante novela histórica, titulada *D. Pedro el del Puñal*, cuyo relevante mérito dará una idea de este hábil novelista. Todos nuestros demas colaboradores preparan asimismo trabajos de consideracion, en los que resaltará la *novedad*, cualidad la mas recomendable en las publicaciones, hoy que incesantemente gimen en el

mundo tantos millares de prensas. Y finalmente, el director de nuestro periódico ha preparado, en sus escasos momentos de ocio, una leyenda nominada *Miguel el Fiero, ó el barrio de la Viña*, y un cuento tradicional, ocurrido en Sanlúcar de Barrameda, cuyo título es *La Estrella de la tarde*.

Anunciada la favorable variacion de nuestro periódico, solo nos resta asegurar á los que nos honran con su suscripcion, que seguiremos siempre la senda de moralidad que nos hemos trazado, á fin de que puedan leerse nuestras producciones en todos los círculos.



ANECDOTA.

Erase un rey muy galante,
y érase un duque *casado*.
Estaba aquel mal-carado
y este de muy mal talante.
Contempláronse un instante
las dos *testas coronadas*;
y al verse tan demudadas,
tan tristes y cegijuntas,
se hicieron cuatro preguntas
que así fueron contestadas.
—¿Qué pidiérais mas, Señor,
si lo hubiérais de obtener?
—Yo..... mi corona volver
diadema de emperador.
¿Y tú, mi buen servidor?
—Yo.... con la ambicion no sudo;
(dijo este, haciendo un saludo)
y así quisiera lograr.....
—¿Qué?
—Mi corona abdicar.
—¿Cómo?
—Quedando viudo.

Anécdotas históricas.

Por la época en que se celebró el concilio general, primero de Leon de Francia, Santo Tomas de Aquino recibió del Papa Inocencio IV cuantas distinciones podia merecer el mas ilustre y sábio de los hijos de la Iglesia. Un dia en que el pontífice hacia ostentacion de su poderío, enumerándole de un modo algun tanto fastuoso sus riquezas, ofreció ante los ojos del santo un tesoro inmenso, añadiendo:

—Ya veis que no estamos en aquellos tiempos en que San Pedro decia: «No tengo oro ni plata.»

—Sí, contestó Tomas; pero tampoco estamos en aquellos tiempos en que San Pedro decia al paralítico: «Levántate y anda.»



El emperador Carlos V padecia de la gota: un dia le dijo el conde de Burens: *Señor, el imperio cojea.—No son los pies los que gobiernan*, replicó Carlos, *sino la cabeza*.

Algunos años despues, retirado en el monasterio de San Yuste, no consiguiendo poner de acuerdo dos relojes: *¡Qué loco era*, exclamó, *he pretendido, no obstante, reducir á la uniformidad tantos pueblos diferentes en su language y clima*. Quizás fué hijo de este pensamiento aquel otro no ménos notable que espresó así delante de su corte. —*Un buen ejército debia tener la cabeza italiana, el corazon aleman y el brazo castellano*.



SOLUCION á la charada publicada en el número anterior.

LAREDO.



10.ª CHARADA.

*Es sin duda la primera,
de este fácil acertón
casi nada, una friolera,
tan solo preposicion.
De la segunda y la cuarta,
me dijo anoche una hermosa
con faz amable y graciosa,
que quedó bastante harta.
Y la tertia, sola, aislada,
es de la música nota;
el todo de esta charada
la tengo con agua y rota.*

Se suscribe á este periódico en la imprenta calle del Laurel, número 129, al precio de 4 reales al mes en Cádiz, y 5 fuera, franco el porte.